

pariente ó amigo vuestro, no saldrá vivo de aquí.

ALF. Os doy mi palabra, ¿lo habeis oido? Os doy mi palabra.

LUC. Pues bien; que le traigan. Quiero interrogarle yo misma.

ALF. Que traigan aquí al preso.

(Al ujier.)

Se abre la puerta del foro y aparece GENARO desarmado entre dos soldados con mosquetes.

ESCENA III.

Dichos y GENARO.

LUC. (Genaro!)

ALF. (En voz baja y sonriendo irónicamente.) ¿Conoceis á este hombre?

LUC. (Qué fatalidad, Dios mio!)

Le mira con angustia y él aparta la vista de ella.

GEN. Monseñor, aunque solo soy un capitán de aventureros, no os faltará al respeto con que debo hablaros al dirigiros la pregunta siguiente: ¿Por qué me habeis hecho prender esta mañana en mi propio alojamiento?

ALF. Señor capitán, se ha cometido un crimen enfrente de la casa que habitais. Han mutilado insolentemente en la puerta del palacio ducal las armas de mi muy amada esposa y prima Lucrecia Borgia. Estamos buscando al culpable.

LUC. Esto debe ser una equivocación, D. Alfonso; este jóven no puede ser el culpable.

ALF. Por qué lo creéis así?

LUC. Estoy segura de ello; este jóven es veneciano, no es hijo de Ferrara.

ALF. Eso no es una prueba.

LUC. Además, el delito se ha cometido esta mañana, y yo sé que ha pasado la mañana en casa de una jóven que se llama Fiameta.

GEN. No he visto á Fiameta desde ayer.

ALF. Han informado mal á vuestra alteza. Yo le preguntaré. Capitán Genaro, ¿sois vos el que ha cometido el crimen?

LUC. Me ahogo aquí! Necesito aire! Necesito respirar!

Se dirige á una ventana, y al pasar por el lado de GENARO le dice en voz baja y con rapidez:

(Dí que no eres tú!)

ALF. (Le ha hablado al pasar.)

GEN. Señor duque, los pescadores de Calabria que me educaron y que me bañaban en el mar mientras fui niño, para que llegase á ser hombre vigoroso y osado, me enseñaron que se debe aventurar frecuentemente la vida, pero nunca el

honor.—Haz lo que prometas y dí lo que hagas.—Señor duque, yo soy el hombre que buscáis.

ALF. (Volviéndose hácia LUCRECIA.) Recordad que os dí mi palabra de duque soberano.

LUC. Necesito deciros antes dos palabras, monseñor.

El duque hace señas al ujier y á los soldados que custodian á GENARO de que lo saquen á la sala inmediata.

ESCENA IV.

LUCRECIA y D. ALFONSO.

ALF. Qué teneis que decirme?

LUC. Que no quiero que ese jóven muera.

ALF. Hace un instante entrásteis aquí como la tempestad, llorando de rabia, quejándoos del agravio mortal que habíais recibido y exigiéndome entre injurias y gritos la cabeza del culpable. Exigísteisme la palabra ducal de que no saldría vivo de aquí, os la otorgué lealmente, y ahora no quereis que muera. Vive Dios que no os comprendo!

LUC. Os repito que no quiero que muera ese jóven.

ALF. Señora, los caballeros como yo no empeñan nunca en vano una palabra; la cumplen siempre: os juré que el que os ofendió moriría, y morirá. Dejo á vuestra elección la clase de muerte.

LUC. (Aparentando jovialidad y ternura.) Alfonso, esposo mio, ¿no es verdad que parecemos locos los dos? Confieso que yo á veces tengo poco juicio. Mi padre me mimó tanto, que desde la infancia soy víctima de mis caprichos. Lo que queria hace un cuarto de hora ya no lo quiero despues: ya sabeis que siempre he sido así. Sentaos aquí cerca, junto á mí, y hablemos tierna y cordialmente como marido y mujer que se quieren bien, como dos íntimos amigos.

ALF. (Aparentando galantería.) Aunque sois mi esposa, no habeis dejado nunca de ser mi dama, y me creo feliz cuando me permitís ponerme á vuestros piés.

Se sienta cerca de ella.

LUC. ¡Es una dicha que los esposos vivan bien! Sabeis, Alfonso mio, que os amo tanto como el día que nos casamos, como aquel día que entrásteis deslumbrador en Roma entre César Borgia, mi hermano, y vuestro hermano el cardenal Hipólito de Este. Recuerdo todavía el hermoso caballo blanco que montábais, con arneses cuajados de filigrana de oro;

pero sobre todó recuerdo vuestra apostura ilustre y régia, que no permitia que os confundierais con ninguno de la comitiva.

ALF. Recuerdo tambien que vos estábais bellísima y majestuosa debajo del dosel de brocado de plata.

LUC. No hableis de mí, monseñor, cuando me ocupo de vos. Lo cierto es que todas las princesas de Europa me envidian por haberme desposado con el más apuesto caballero de la cristiandad, y yo os amo como si tuviera diez y ocho años, bien lo sabeis, Alfonso. A veces os pareceré fria y distraida, pero esto dimana de mi carácter, no de mi corazón. Si me reprendierais con suavidad, pronto me corregiria. ¡Es muy agradable quererse como nos queremos!... ¿No se os antoja una ridiculez que un príncipe y una princesa como nosotros, que se sientan en un trono ducal y que se quieren como nosotros nos queremos, hayan estado á punto de desazonarse por un triste capitanzuelo veneciano? Echémole de aquí y no nos ocupemos ya de semejante hombre. ¿Sabeis, Alfonso, que si la corona que heredásteis se hubiera de adjudicar al caballero más galán de Ferrara, no os la podría disputar nadie? Antes que se me olvide, voy á decir de vuestra parte á Bautista que haga salir al instante de Ferrara á ese capitancillo.

ALF. No corre prisa.

LUC. (Aparentando jovialidad.) Quisiera no ocuparme ya de él. Vamos, esposo, dejadme que termine este asunto á mi modo.

ALF. No puede ser.

LUC. Pues no teneis razon para querer que muera ese hombre.

ALF. Y la promesa que os hice? La palabra de un caballero es sagrada.

LUC. Eso es bueno para decírselo al pueblo, pero nosotros ya sabemos eso lo que significa. El Papa prometió á Carlos VIII de Francia no atentar contra la vida de Zizimi, y esto no obstante Su Santidad le hizo morir. El duque de Valentinis se entregó en rehenes bajo palabra de honor al hijo de Carlos VIII, y en el momento que pudo se fugó del campamento francés. Vos mismo prometisteis á Petrucci devolverle su feudo de Siena y no se lo habeis devuelto. La historia de este país está llena de estos ejemplos.

ALF. Sin embargo, una palabra empeñada...

LUC. No me deis tan fútiles razones.

Decidme que teneis algun motivo para odiar á Genaro, y si no es así, salvadle la vida. No debeis oponeros á ello si á mí me place perdonarle, siendo como soy la ofendida.

ALF. Precisamente porque sois la ofendida no le quiero perdonar.

LUC. Si me amais, no me negueis lo que os pido. Quiero probar á ser clemente, para ver si consigo que no me aborrezcan vuestros vasallos: ser misericordiosos es imitar á Jesús. Demasiados tiranos oprimen ya á la pobre Italia. Os suplico que deis libertad á Genaro; será un capricho mio si quereis, pero el capricho de la mujer se convierte en sagrado y augusto cuando tiene por objeto salvar la vida de un hombre.

ALF. No os puedo complacer.

LUC. Por qué no podeis?

ALF. Quereis que os sea franco?

LUC. Sí; quiero saber por qué.

ALF. Porque ese capitán es vuestro amante.

LUC. Cielos! Qué decís!...

ALF. Porque fuísteis tras él á Venecia, y le iriais á buscar hasta el infierno; porque seguí vuestros pasos, mientras seguíais los suyos; porque os he visto enmascarada y sin aliento abalanzaros á él, como la loba contra su presa; porque hace poco queriais devorarlo con los ojos, encendidos y arrasados en llanto; porque sin duda os habeis prostituido á él, y basta ya de oprobio, de infamia y de adulterio. Es hora ya de que vengue mi honor y que haga correr arroyos de sangre alrededor de mi lecho.

LUC. D. Alfonso!

ALF. Silencio! Vigilad desde ahora á vuestros amantes; colocad un ujier á la puerta de vuestro cuarto por donde entren, que á la puerta por donde salgan yo colocaré un portero... el verdugo.

LUC. Monseñor, os juro...

ALF. No jureis en vano; los juramentos sirven para hacérselos creer al pueblo; no me alegueis esas fútiles razones.

LUC. Si supierais...

ALF. A pesar de abominar á toda vuestra familia, á la familia de los Borgia, os he amado locamente; pero es preciso que sepais que ha sido una cosa vergonzosa é inaudita aliar nuestras dos personas; la casa de Este con la familia de los Borgia, que ni siquiera puede llevar legítimamente este apellido. Me causa horror vuestro hermano César, que tiene manchas de sangre naturales en el rostro y que asesinó á vuestro hermano Juan; me causa horror vuestra madre

Rosa Vanozza, la mujer española de vida alegre, que despues de escandalizar á Roma escandalizó á Valencia, y vuestros supuestos sobrinos, los duques de Sermonets y de Nepi, señores de ducados robados.—Dejadme concluir. Me causa horror vuestro padre, que, siendo Papa, tiene un serrallo; vuestro padre, que es el Antecristo; vuestro padre, que llena los presidios de hombres ilustres y el Sacro Colegio de bandidos.

LUC. Monseñor, os pido perdon arrodillada, en nombre de Jesús y de María; en nombre de vuestro padre y de vuestra madre, os pido perdon para el capitán Genaro.

ALF. Mucho le amais! Os permito que hagais de su cadáver lo que os plazca. Dentro de una hora ya no existirá.

LUC. Perdonadle!

ALF. Si pudiérais comprender el firme propósito que me anima, no me importunaríais más.

LUC. (Levantándose.) Entonces temblad, Alfonso, duque de Ferrara, mi cuarto esposo.

ALF. No cometais la locura de amenazarme; no os temo, porque conozco vuestras mañas. No me dejaré envenenar como vuestro primer marido; no dejaré que me echeis de mis Estados como el imbécil Juan Esforcia, señor de Pésaro, vuestro segundo esposo; no me dejaré asesinar en el tramo de una escalera, como vuestro tercer marido D. Alfonso de Aragon; yo soy, señora, más varonil. El nombre de Hércules ha sido muy comun en mi familia, y mis soldados llenan la corte y todos mis dominios. Soy soldado tambien, y por fortuna no he vendido aun, como el infeliz rey de Nápoles, mis cañones al Papa, vuestro padre.

LUC. Os arrepentireis de esas palabras, D. Alfonso.

ALF. Sé quién sois, pero tambien sé dónde estais; sé que sois hija del Papa, pero no estais en Roma; gobernais en Espoleto, pero no vivís allí, y sois la mujer, la súbdita y la sierva de Alfonso, duque de Ferrara, y estais en Ferrara, de donde no volveréis á salir.

LUCRECIA, pálida de terror y de cólera, mira fijamente al duque y retrocede lentamente hasta caer en un sillón exánime y desfallecida.

Os asombráis y me teneis miedo? Hasta ahora lo he tenido yo de vos; pero de hoy en adelante se han trocado nuestros papeles, y para empezar, éste será el primero de vuestros amantes que vá á morir.

LUC. (Con voz apagada.) Reflexionemos un

poco, D. Alfonso; si ese hombre cometió contra mí el delito de que se le acusa, no puede creerse que sea mi amante.

ALF. Por qué no? Pudo cometerlo en un acceso de despecho, de cólera ó de celos. De todos modos, es mi irremisible voluntad que muera. He llenado el palacio de soldados fieles, que no le dejarán escapar, y vos no lo podreis impedir. Dejá á vuestra elección el género de muerte que se le debía dar; decidíos, pues.

LUC. Dios mio! Dios mio!

ALF. No os decidís? Pues voy á mandar que le maten á cuchilladas.

Vá á salir y ella le coge por el brazo.

LUC. Deteneos!

ALF. ¿Queréis servirle vos misma un vaso de vino de Siracusa?

LUC. Pobre Genaro!

ALF. Es preciso que muera.

LUC. Pero no á cuchilladas.

ALF. Pues elegid otro género de muerte.

LUC. El otro.

ALF. Pues no os equivoqueis y servidle vino del frasco de oro... estaré yo presente... no creais que me voy á alejar de aquí.

LUC. Cumpliré vuestra voluntad.

ALF. Bautista! (Aparece el ujier.)

Traed al preso.

LUC. Sois hombre feroz!

ESCENA V.

Dichos, GENARO y guardias.

ALF. He sabido que lo que hicisteis esta mañana fué una calaverada sin intencion y sin malicia, por lo que mi querida esposa la duquesa os perdona, porque simpatiza con los valientes. Siendo esto así, podeis volver sano y salvo á Venecia; no quiero privar á la República de tan buen servidor y á la cristianidad de un brazo fuerte y fiel que la defiende, cuando cruzan las aguas de Candía y de Chipre tantos idólatras y turcos.

GEN. Confieso que no me esperaba este desenlace, y doy las gracias á vuestra alteza. La clemencia es virtud propia de príncipes, y Dios perdonará en el cielo al que perdona á sus enemigos en la tierra.

ALF. ¿Paga bien la República al que le sirve? ¿Cuánto ganais cada año, capitán?

GEN. Mantengo una compañía de

cincuenta lanzas y la serenísima República me dá dos mil cequíes al año, además del botín y de los gajes.

ALF. ¿Os pasaríais á mi servicio si os ofreciera cuatro mil cequíes?

GEN. No puedo, señor; estoy ligado por ocho años, bajo juramento, al servicio de la República, y todavía me faltan cinco.

ALF. En ese caso no hablemos más de esto.

GEN. Sabeis que no me he valido de ninguna cobardía para que me concedierais la vida; pero ya que me habeis perdonado, voy á revelar á vuestra alteza un secreto. Recordareis que se verificó hace dos años el sitio de Faenza, en el que el duque de Hércules, vuestro padre, se vió muy apurado; dos escopeteros del duque de Valentino iban á matarle y un soldado aventurero le salvó la vida.

ALF. Lo sé, y nunca pude encontrar á ese soldado.

GEN. Fui yo.

ALF. Pues esa accion merece recompensa, capitán. Aceptad esta bolsa que contiene cequíes de oro.

GEN. Cuando nos alistamos bajo las banderas de la República, juramos no tomar nunca dinero de los príncipes extranjeros; sin embargo, si me lo permitís, recibiré la suma y la repartiré entre estos bravos soldados.

Señalando á los guardias que le custodian.

ALF. Me parece bien.

GENARO toma el bolsillo.

Ya que no aceptais el dinero, me hareis al menos el favor de beber un vaso de vino de Siracusa conmigo, en señal de buena amistad, como era usanza entre nuestros antepasados.

GEN. Eso, monseñor, lo acepto.

ALF. Para honraros, como se debe honrar al que salvó la vida de mi padre, deseo que la duquesa sea vuestra escanciadora.

GENARO se inclina en señal de asentimiento y se vá al fondo del teatro á repartir el dinero á los soldados que están allí formados.

Rustiguelo!

Sale RUSTIGUELO con la bandeja y las copas.

Déjalo todo ahí.

RUSTIGUELO deja lo que trae sobre la mesa.

(Rustiguelo, vuelve á colocarte detrás de la puerta con la espada desenvainada; si oyes sonar la campanilla, entra al instante.) (Se vá RUSTIGUELO.)

(A LUCRECIA.) (Ya habeis oido, señora, lo que le acabo de decir; escanciareis la bebida al capitán, del frasco de oro.)

LUC. (Sí... Si supiérais lo que haceis en este momento, os extremeceríais, á pesar de ser hombre sin corazón.)

ALF. (No os equivoqueis de frasco.) No venís, capitán?

GENARO, despues de repartir el dinero á los soldados, se acerca á la mesa. El duque llena una de las copas esmaltadas con el frasco de plata y hace ademán de beber.

GEN. Me confunden vuestras bondades, monseñor.

ALF. Duquesa, echad vino al capitán. Qué edad teneis?

GEN. (Tomando la otra copa y presentándosela á LUCRECIA.) Veinte años.

ALF. (Bajo á la duquesa, que intenta tomar el frasco de plata.) (El frasco de oro, señora.)

LUCRECIA lo toma temblando.

ALF. Debeis estar enamorado!

GEN. A mi edad lo está todo el mundo.

ALF. Sabeis, duquesa, que hubiera sido cruel quitar la vida al capitán á los veinte años, no dejarle gozar del bello sol de Italia, de los banquetes, de los bailes, de los alegres carnavales de Venecia... pero... ¿no echais vino al capitán? (En voz baja.) (Si titubeais, mando entrar á Rustiguelo.)

LUCRECIA echa vino á GENARO en la copa sin decir palabra.

GEN. Os agradezco que me hayais perdonado la vida, sobre todo por mi pobre madre.

LUC. (Oh, qué horror!)

ALF. (Bebiendo.) ¡A vuestra salud, capitán Genaro!

GEN. (Bebiendo.) A la vuestra, señor duque, y á la de la señora duquesa.

LUC. (Cielos!)

ALF. (Hemos terminado este asunto.) Ahora que ya hemos brindado, os dejo, capitán, y podeis volver á Venecia cuando querais. (En voz baja á LUCRECIA.) (Os dejo sola con él; aprovechaos de mi ausencia para despediros; ya sabeis el tiempo que le queda de vida.)

ESCENA VI.

LUCRECIA y GENARO.

Se vé durante la escena á RUSTIGUELO inmóvil detrás de la puerta.

LUC. Genaro, estás envenenado!

GEN. Envenenado!

LUC. Sí, no lo dudes.

GEN. Deberia haberlo sospechado, sirviéndome vos el vino de Siracusa.

LUC. No me desesperes, Genaro, quitándome las pocas fuerzas que me quedan y que necesito conservar durante algunos instantes. El duque está celoso

de tí, el duque cree que eres mi amante. El duque me ha puesto en la alternativa de que te matase Rustiguelo á estocadas ó de que te envenenase yo, y corre por tus venas el más activo de los tósigos, cuya idea hace estremecer á todos los italianos que saben la historia de los veinte años últimos.

GEN. Será el veneno de los Borgias?

LUC. Ese es el que bebiste; solo conocemos el contraveneno que impide sus estragos mi padre, mi hermano y yo. Esta redoma que llevo encima de mí es la salud y es la vida; en cuanto caiga en tus labios una gota, estás salvado.

Saca la redoma y quiere hacerle beber.

GEN. (Retrocediendo y clavando en ella las miradas.) ¿Quién me asegura que no es ese el verdadero veneno?

LUC. Dios mio! (Cayendo abatida en el sillón.)

GEN. Os llamais Lucrecia Borgia, y yo no ignoro la historia del hermano de Bayaceto. Al infeliz le aseguraron que le habia envenenado el rey de Francia, y le dieron un contraveneno que le quitó la vida. La mano que esto hizo es la misma que me presenta la redoma, y la boca que le dijo que bebiera es la misma que me habla.

LUC. Miserable de mí!

GEN. No imagineis, señora, que doy crédito á vuestro aparente amor; creo, por el contrario, que teneis sobre mí algun designio siniestro y que debeis saber quién soy yo. Estoy leyendo en vuestra fisonomía que lo sabeis, y comprendo que alguna razon poderosísima os impide revelármelo. Quizás vuestra familia conoce á la mia, quizás me habeis envenenado, no para vengaros de mí, sino de alguno de mis deudos: tal vez de mi madre.

LUC. De tu madre! Quizás, Genaro, sueñas que es una mujer virtuosa; ¿y si fuese criminal como yo?

GEN. No la calumnieis, señora. Mi madre no debe parecerse á Lucrecia Borgia. La siento dentro de mi corazón y me la represento sin duda como es; no la idolatraria si no fuera digna de mí; el corazón de un hijo no se equivoca respecto á su madre. La odiaria si se os pareciese; pero no, es imposible. Estoy seguro de ello: si existe una mujer inocente, virtuosa y santa, es mi madre. Vos, que debeis conocerla, no me desmentireis.

LUC. No, Genaro, no conozco á esa mujer ni á esa madre.

GEN. No sé por qué os hablo de esto. ¿Qué os importan las penas y los placeres de una madre? Segun se dice, nunca

habeis tenido hijos; fuisteis afortunada, porque si tuviérais hijos renegarian de vos. ¡Quién querría ser hijo de Lucrecia Borgia!

LUC. Genaro, estás envenenado, el duque te cree muerto, pero puede volver aquí de un momento á otro. Solo debiera pensar en salvarte, pero me has dicho cosas tan terribles, que al oirlas me quedé petrificada.

GEN. Os ofendí á mi pesar, pero...

LUC. Acabemos, el tiempo vuela; desprecíame y aborreceme, pero estás envenenado y quiero que bebas en seguida este contraveneno.

GEN. Estoy dudando á quién he de creer; el duque es leal y salvé la vida de su padre; á vos os he ofendido y querreis vengaros de mí.

LUC. Vengarme de tí! Si fuera posible dar mi vida por añadir una hora á la tuya, si fuera posible derramando toda mi sangre impedir que vertieses una sola lágrima, si fuera necesario que yo subiera al cadalso para que te sentases tú en el trono, no titubearia un solo instante y me sacrificaria por tí. Nunca adivinarás lo que pasa en mi pobre corazón, ni que le posees exclusivamente. Pero Genaro, el tiempo vuela, el veneno vá haciendo su camino, y dentro de pocos instantes ya no habrá remedio para tí. Ten en mi confianza, ten lástima de tí mismo y de mí. ¡En nombre del cielo, bebe!

GEN. Beberé; si en mí cometeis algun crimen, que caiga sobre vuestra cabeza. De todos modos, la vida no merece la pena de disputarla tanto. Dadme.

(Toma la redoma y bebe.)

LUC. Se salvó! Ahora es preciso que vuelvas á Venecia á escape. ¿Te hace falta dinero?

GEN. No; tengo.

LUC. Como el duque te cree muerto, será fácil ocultarle tu fuga. Parte, pero toma esta redoma, guárdala y llévala siempre encima. En estos tiempos el veneno es el plato de todas las mesas. Y tú corres más peligro que los demás.

(Abriendo la puerta secreta y enseñándosela.) Baja por esta escalera, que sale al patio del palacio Negróni, y desde allí á la calle. No esperes á mañana; inmediatamente sal de Ferrara. Huye, sin volver la vista atrás. Vete, pero antes oye mis últimas palabras.

GEN. Hablad, señora.

LUC. Me despido para siempre de tí, porque ya no es posible que nos veamos nunca. Verte era mi única felicidad, pero



SE SALVÓ

renuncio á ella por no arriesgar tu vida. ¿No me dirás, pues, Genaro mio, alguna palabra cariñosa antes de separarnos uno de otro por toda una eternidad?

GEN. Señora... (Bajando los ojos.)

LUC. Ya ves que acabo de salvarte la vida...

GEN. Vos lo decís... pero no veo claro nada de lo que me sucede... y no sé qué creer... todo os lo perdono excepto una cosa.

LUC. Qué cosa?

GEN. Juradme por lo más sagrado que haya para vos en el mundo, por mi propia existencia, ya que decís que me idolatrais, juradme por la salvacion de mi alma que vuestros crímenes no han contribuido á la desgracia de mi madre.

LUC. Genaro, no sé mentirte; no te lo puedo jurar.

GEN. ¡Entonces, madre mia, esta es la mujer horrible que ha causado tu infortunio!

LUC. Genaro!

GEN. Me lo habeis confesado! ¡Maldita seas!

LUC. Dios te bendiga, Genaro!

Cae desmayada en el sillón.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO

La decoracion del segundo acto.—La plaza de Ferrara con el palacio ducal á una parte y la casa de GENARO á la otra; es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DON ALFONSO y RUSTIGUELO, embozados.

RUST. Eso es lo que ha sucedido, monseñor; le dió á beber no sé qué filtro, que le volvió la vida, y le hizo escapar por la puerta secreta que sale al patio del palacio Negroni.

ALF. Por qué lo permitiste?

RUST. No lo pude impedir; la duquesa pasó el cerrojo á la puerta donde estaba yo vigilando y me encerró.

ALF. Debiste haber hecho pedazos la puerta.

RUST. No era empresa fácil romper una puerta de encina, forrada de hierro.

ALF. Debiste despasar los cerrojos, entrar y matarle.

RUST. Suponiendo que yo hubiera

podido forzar la puerta, debeis comprender que la duquesa se hubiera puesto delante del capitan, cubriéndole con su cuerpo, y quizás hubiera sido indispensable matarla.

ALF. Bien, y qué?

RUST. No tenia yo orden para tanto.

ALF. Pues los buenos servidores son los que saben adivinar los pensamientos intimos de sus señores.

RUST. Además, hubiera temido comprometeros con el Papa.

ALF. Sin matarla, podias haber llamado, pedir auxilio é impedir que se escapase su amante.

RUST. Sí, monseñor, y mañana vuestra alteza se hubiera reconciliado con su esposa, y pasado mañana vuestra esposa me hubiera hecho ahorcar.

ALF. Basta. Dices que nada se ha perdido...

RUST. Lo digo y me afirmo en ello. La luz que veis en la ventana de casa del capitan indica que éste no ha salido aun de Ferrara. Su criado, que habia sobornado la duquesa, ahora le he sobornado yo y me ha enterado de todo. En este instante está esperando á su señor detrás de la ciudadela con dos caballos ensillados. El capitan saldrá de su casa en seguida para ir á reunirse con el criado.

ALF. Entonces embosquémonos en esta esquina. Como la noche es muy oscura, no es posible que nos vea, y cuando pase lo matas.

RUST. Como querais.

ALF. ¿Es buena la espada que llevas?

RUST. Excelente.

ALF. Llevas tambien algun puñal?

RUST. Hay dos cosas que no se encuentran fácilmente en el mundo: un italiano sin puñal y una italiana sin amante.

ALF. Pues bien; que no se escape.

RUST. Pero señor duque, ¿por qué no mandais que la justicia le prenda y le ahorque?

ALF. Porque es vasallo de Venecia, y eso equivaldria á declarar la guerra á la República. Una puñalada no se sabe de dónde sale y no compromete á nadie. Mejor hubiera sido que hubiese muerto envenenado, pero no ha podido ser.

RUST. En ese caso iré á buscar tres ó cuatro esbirros y le despacharemos sin que vuestra alteza se tome la molestia de mezclarse en este asunto.

ALF. Maquiavelo dice que en casos